

## DEDICATORIA

A Leticia, Yuri, Guillermo, Carlota y Javier,  
ya que gracias a ellos mi vida tiene un cierto sentido.



---

---

## PRÓLOGO PRIMERO

“Existe un espacio en mi memoria...”

Existe un espacio en mi memoria que lo ha modelado Luis A. Alcocer, mi maestro. Le admiro y más de una vez me he encontrado mirándome en su espejo, donde las aguas limpian mis desatinos. Y, también, más de una vez he deseado que el tiempo no tuviera años que desterrar y, así, haber caminado a su lado en otras primaveras e inviernos compartiendo algo más que una letra y gozando de su mano rehilando sobre mis mejillas, posando sus versos semiabiertos sobre mis noches menudas.

Hablar de Don Luis no es sólo hablar de poesía pues ella es él, caballero y duende antes de que la noche, su fiel compañera, quiera llevarse el sol y comience entre el pulgar y el corazón la prosa que cabalga entre suspiros y algún que otro amanecer gris.

Hablar de Luis es hablar de lirismo sobre celosías forjadas a golpes de migrañas mientras sus noches son blancas palomas, fotografías mudos sin responder el frío hielo que acongoja a su soledad.

Hablar de Luis es hablar de la tierra, del labrador sin huerto trabajando la palabra, un sentimiento fértil que osa disfrazar de sarcasmos.

Hablar de Luis es encadenarte a su verso, verte en sus renglones llenos de amores y vacíos.

Yo escribo normal, para ti y para mí y, sin embargo, cuando sus grandes ojos, grises entre nubes, me miran, me vuelvo poeta, mala, pero poeta. No puedo hablar de él sin que se me encoja el corazón y un halo de ternura me envuelva.

Hablar de Luis es desear escuchar su palabra tan llena de sabiduría como de humildad.

Hablar de Luis es enamorarse de él y desear morir el día que muera el mar de penas y olvidos.

---

---

Hay que hablar y hablar de este poeta para saber dónde nace la poesía, para llegar a conocer y amar los límites de la misma.

Hay que hablar y hablar de Luis Alcocer para que la humanidad sepa un poquito más del amor, de la soledad, de los silencios que nos comprimen a veces. De las tristezas con sonrisa amarga.

Hablar de Luis es, en definitiva, hablar de un gran maestro desconocido para muchos, pero que el día que trabas tu palabra en la suya, ya no puedes desprenderte de su aroma a sal y azúcar.

M<sup>a</sup> de los Ángeles Cantalapiedra (Escritora)

---

---

## PRÓLOGO SEGUNDO

No soy amigo de hacer prólogos, pero sí lo soy de Luis A. Alcocer. Siempre me ha parecido pretencioso, pedante y presuntuoso el impulso forense que suele anidar en el ánimo de todo prologuista. Son, casi todos ellos, como ese aficionado metido en carnes que, desde la grada, le grita al delantero cómo ha de resolver la geometría de la jugada para conquistar el gol. Si en el paso de las Termópilas hubiera habido trescientos prologuistas en vez de trescientos hoplitas espartanos, quienes hubieran cenado en el infierno habrían sido los persas y no Leónidas y sus lacedemonios.

Nadie puede pretender encerrar, en la fría ecuación de un prólogo, todo el talento emocional que palpita en el autor del acto humano que se nos ofrece para prologar, desde el gol de Maradona a la Pérfida Albión al asalto final de las tropas de Jerjes en el angosto paso de las Termópilas pasando, y no desbarro, por estas PAVANAS SIN MÚSICA NI TIEMPO de Luis Alcocer que ahora tienes en tus manos y que, probablemente, entre humo y güisqui, comenzarás a leer porque ella se ha ido dejando la firma abstracta de su cuerpo sobre tus sábanas.

Entra ya, sin prólogos forenses, en estas PAVANAS SIN MÚSICA NI TIEMPO porque sus versos son la conquista de la derrota que ella te ha regalado con su ausencia.

Eduardo García Serrano (Periodista y escritor)



---

---

DE ELLAS

---

---



---

---

## ESPACIOS

Existe siempre un espacio en la memoria...:

Salías del baño, húmedo tu pelo,  
y mirabas al suelo, sonreías.

Dijiste no sé qué.

(El cigarro sabía a absintio, pero era necesario).

La cama al fondo, oferente de todo, abierta su boca blanca, virgen.

Al sentarte, un tirante caído alboreó tu pecho sobre la seda negra,  
[ te cubriste.

Mi mano rehilaba sobre tu mejilla.

Arregazaste la transparencia que cubría tu piel de fuego y nieve.

Los dedos fueron a encontrarse con la noche...

Hoy, la vida acaba conmigo  
de forma milimétrica y exacta,  
ayudada por el tiempo  
y por la misma noche envejecida.

---

---

ATARDECER

*(Mínimo homenaje a Oliverio Girondo  
genial poeta de los tranvías).*

Si miras,  
calle abajo,  
antes de que la noche quiera llevar el Sol  
donde alumbrar otros rincones,  
verás, si miras calle abajo,  
que casi todas ellas,  
ellas olean,  
tienden sus pechos,  
del arabesco de las ramas de hierro de los balcones blancos,  
y así comprenderás, si miras calle abajo,  
por qué la tarde,  
cuando siente el desnudo de las pieles suaves,  
lo conduce hacia el aire,  
cubre de rojo el cielo,  
de púrpura la calle,  
luego emprende el camino,  
(la tarde, digo)  
si miras, calle abajo,  
que lleva a madurar las frutas de los árboles.

---

---

## CÁSCARA AMARGA

Entre el pulgar y el corazón,  
—no en otro sitio—,  
se torna en ocres el cigarro...  
¡Ay!: hace que deje al viento mis recuerdos.  
(A veces, se me escapan con el aire y el humo).

Y se van por las calles estrechas,  
blancas, al otro lado el mar de lo que fue,  
en las que sólo los silencios andan...,  
y algún beso perdido.

El temblor de mi mano  
no sabe ya, no sabe, ¡qué va a saber!,  
si existieron  
tus pieles tapizadas de sílices y plumas.

(Esa cáscara amarga de caderas eternas y pechos olvidados).

---

---

FUERON...

Fueron días de encuentros;  
días donde las calles se vestían  
con paraguas y tardes luminosas  
—noches luego, largas como una espera—  
atenuadas por silencios de manos,  
humedades, pieles sin descansar,  
vientos, músicas, letras  
y amaneceres lentos  
—cortos como un adiós—.

*(“De rompeolas tienes, mi niña,  
los ojos verdes, de rompeolas”).*

Y pasaron las horas igual  
que hojas de un libro en blanco,  
sin palabras aún, fundidas con estrellas  
enlazadas a guirnaldas de flores,  
con bombones y lluvias  
encadenadas a momentos  
pendientes de escribir.

Mientras, el tiempo inexistente,  
burlón, jugaba a confundir  
presentes y futuros.

La vio reír, cruel, imaginando despedidas,  
—sin saber si eran ciertas o no—.

No quedó nada, ¿o sí?,  
sólo la almohada muda sin sudores,  
y allí, entre pétalos perdidos,  
continuó su noche permanente  
junto al recuerdo de unos labios  
con levedad abiertos por el sueño,  
—no estaban en el mundo conocido—,

---

---

dos dientes blancos, inmaculados,  
como si fueran de una adolescente  
incapaz de mentir, pendientes sólo  
de dar y recibir caricias.

Y el día se marchó, junto con ella,  
sin mirar atrás.